



Jorge Carrión
Los turistas



Galaxia Gutenberg

JORGE CARRIÓN

Los turistas

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2015

© Jorge Carrión, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B 26110- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-24-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Francesco

«Cuántas sandalias desgastó Alighieri en el curso de su labor poética por los senderos de cabras de Italia. El *Infierno*, y sobre todo el *Purgatorio*, glorifican la andadura humana, la medida y el ritmo de la marcha, el pie y la forma. El paso, asociado a la respiración y saturado de pensamiento: esto es lo que Dante entiende como comienzo de la prosodia.»

OSIP MANDELSTAM
Coloquio sobre Dante

LA MUJER DE LA MULTITUD

«Huella y aura.
La huella es la aparición de una cercanía
por lejos que pueda estar lo que la dejó atrás.
El aura es la aparición de una lejanía,
por cerca que pueda estar lo que la provoca.
En la huella nos hacemos con la cosa;
en el aura es ella la que se apodera de nosotros.»

WALTER BENJAMIN
Libro de los pasajes

Como cada mañana, se dispone a pasar la jornada en el aeropuerto, estudiando a los pasajeros, desentrañando el enigma de sus rostros, viéndolos subir en aviones hacia destinos cercanos o remotos, qué más da, móviles ajenos a su destino inmóvil.

La carburación del motor se apaga como sus pensamientos. Anthony pone el freno de mano, coge del otro asiento la cartera de piel negra que se recorta sobre la tapicería beige, desciende ágilmente del Jaguar y, mientras se cerciora de que todo está bajo control, abre la puerta de su pasajero. De perfil, su chófer siempre le ha recordado a un actor de su infancia, uno de esos secundarios en blanco y negro de películas de intriga, no tanto el mayordomo como el vecino sin una sola línea de guión. Desnudo de la gorra que siempre llevó Ian, su padre, con el cabello meticulosamente peinado con raya al lado y con su metro noventa de estatura, deben de pensar que es su guardaespaldas, esos curiosos que se han girado para admirar la superficie bruñida del automóvil y su célebre felino plateado, como si precisara de protección la rutina que es su vida.

—Aquí tiene, señor Van der Roy —le dice Anthony mientras le entrega la cartera.

—Gracias, querido, nos vemos a las seis en punto, como siempre.

Aún resuena el chasquido de la puerta al cerrarse cuando

el chófer ya ha regresado al lugar que le corresponde y el motor, a su música ronca. La escucha alejarse. Sólo al ver que un taxi ocupa el aparcamiento que había quedado vacante se da cuenta de que el silencio de la mansión rodeada de prados y la melodía motorizada del trayecto en el viejo vehículo han sido, al fin, sustituidos por el ajeteo de la muchedumbre. El aeropuerto de Heathrow es megafonía, bocinas, pasos, ruedas que se arrastran sobre el pavimento, voces, gritos; altavoces, coches, pies, maletas, bocas, frenesí en movimiento.

Atraviesa la puerta automática y se dirige hacia el mostrador de primera clase de British Airways. Tras atender a un joven ejecutivo que vuela a Bruselas, la azafata sonrío tras levantar la mirada:

–¡Señor Van der Roy! ¡Qué alegría volver a verle!

–Lo mismo digo, Sally, ¿cómo ha ido la convalecencia?

–Ha sido dura, no lo voy a negar –la sonrisa se esfuma del rostro de la mujer, cuyas arrugas son disimuladas por el maquillaje–, hoy hace justo un año del accidente, pero lo importante es que me he recuperado y he vuelto a mi puesto... Recibí sus flores, preciosas, y aquel tren de juguete tan, pero tan especial, señor Van der Roy –se miran a los ojos–, Herman, los niños y yo se lo agradecemos de corazón.

–Voy a echar de menos a Jodie, pero no menos de lo que te he echado de menos a ti. Un año no puede competir con una década –dice Vincent.

Tras introducir el código de su British Gold Card, la azafata le entrega la tarjeta de embarque y se despiden.

En el umbral del detector de metales, el guardia de seguridad le saluda también por su apellido y le permite pasar sin que introduzca en el escáner la cartera ni la americana negra. Permanece quieto en la escalera mecánica que descende. Para ser un viernes de noviembre a las nueve de la mañana, el aeropuerto no registra demasiada actividad. Sólo el

local de McDonald's y el establecimiento de Harrods, como es habitual, acumulan personas en tránsito. No hay nadie en el Coleridge's Tabern ni en el Bistró de Montmartre ni en las tiendas de corbatas, bolsos, perlas, pañuelos de seda, relojes, plumas estilográficas. La chica del mostrador de Parker, cabizbaja como siempre. Sólo tres mesas de The Red Baron están ocupadas: él se sienta a la más cercana a la barra y a la puerta, junto a la vidriera que separa el pub del resto de la terminal.

—Una mañana tranquila, Albert —dice mientras el camarero retira del tablero el cartel de *Reservada* y coge la americana que él le estaba tendiendo.

—¿Lo de siempre, señor?

Asiente y saca de la cartera *The Times* y *The Wall Street Journal*. Acompañará la lectura de pequeños sorbos de café, pero no probará las tostadas, los huevos revueltos levemente salpimentados ni el zumo de naranja hasta las diez y cuarto, tras haber leído la segunda contraportada y haberle entregado al camarero ambos diarios. Entonces, mientras se lleve el tenedor o el vaso a la boca, su mirada comenzará a atravesar el cristal, primero con voluntad panorámica, pero enseguida moviéndose como un foco en busca de una cara sospechosa que interrogar. Porque ésa es la razón por la que acude cada mañana a ese rincón del aeropuerto, porque es el mejor observatorio de la especie humana, el lugar óptimo para colmar su necesidad de escrutinio.

A unos treinta metros, justo enfrente suyo, una familia árabe dormita en la segunda fila de butacas: el padre, sentado en el centro, ronca con una manta marrón doblada entre las manos; sus tres esposas, que se han recostado discretamente y han puesto los pies sobre el equipaje, muestran los ojos por el resquicio entre el velo color arcilla y el *litam*, cuyo extremo inferior ha sido exquisitamente bordado; los cuatro niños, con las cabezas apoyadas en sus mochilas, duermen en el sue-

lo. Descalzos. Han llegado en el vuelo de las cinco y cuarto de la madrugada desde El Cairo, como tantos otros antes que ellos, y hasta las doce no es su conexión hacia Glasgow, Edimburgo, Manchester o Liverpool, la ciudad en que vivan. ¿A qué han ido? ¿De vacaciones? Podría ser: sólo así se explica que se haya desplazado la familia al completo. Tal vez hayan visitado a los abuelos. En la mano derecha de la única niña hay cenefas de *henna* y, bajo el brazo, su hermano mayor sostiene un balón de plástico que parece nuevo. En efecto, han sido vacaciones; pero tal vez esa motivación se haya entremezclado con alguna otra. El padre de familia es un hombre muy religioso: durante años, probablemente antes de emigrar, golpeó con la frente la alfombra de la oración hasta que logró ostentar en ella ese callo que recuerda a una verruga. Le llaman *zibziba*, leyó en un extenso reportaje sobre el mundo islámico del fin de semana pasado. Un fanático no invierte tres mil libras en un viaje de placer, sobre todo si no ha podido cambiar en muchos años su juego de maletas, pese a las ruedecillas rotas y esa asa descosida.

Tiene que existir otra razón y se encuentra ahí, en la segunda fila de butacas, ante esos ojos que insisten en los detalles del enigma, que escudriñan al compás del ligero ronquido la chilaba pálida, las túnicas de colores terrosos, los velos, las maletas y bultos, las manos, los ojos cerrados, los pies desnudos. Esa zapatilla, apoyada en una caja de cartón precintada, enseña parte del talón, porque está desencajada. Por supuesto, qué tonto es, cómo no lo ha descubierto antes: la tercera mujer no es esposa, sino hija. Una adolescente de cuerpo menudo que en ese preciso instante se despierta y lo mira, como si hubiera sentido que había sido descubierta y toda esa ropa negra no fuera capaz de neutralizar la sensación de desamparo y transparencia. Antes del viaje todavía podía llevar pantalones cortos y sandalias, participar en los juegos de sus hermanos, dormir en el suelo,

corretear descalza. Ahora es mujer. Se pone bien la zapatilla; baja las piernas. Hay vergüenza en esos iris castaños, pero sobre todo hay miedo. ¿A qué puede deberse? Desde siempre la prepararon para esta nueva etapa que ahora enfrenta, de modo que esa expresión no puede ser causada tan sólo porque empieza su primer invierno como persona adulta y en el colegio sus amigas británicas continuarán mostrando sus melenas y se pondrán piercings y comenzarán a beber cerveza en el parque y a fumar a escondidas y ella no podrá participar en todo ello, no, a ella todo eso no le importa ni le interesa. Hay algo más, qué será, algo para lo que no estaba preparada y que ha sacudido la estructura de sus huesos, el mapa de su vida. Su padre es un buen musulmán. La ablación se practica en Egipto desde la época de los faraones, pero si la mutilaron, fue hace tiempo, en un viaje anterior. Tiene que ser otra cosa, pero qué, por Dios, qué puede unir esa huella con aquello que la causó y que se ha quedado en alguna coordenada de Oriente Próximo.

Los miembros de la familia árabe se han ido despertando e incorporando y, en cuanto los altavoces han anunciado el embarque del vuelo hacia Edimburgo, el patriarca ha dirigido al grupo hacia la puerta veintidós. La adolescente disimula, pero sigue mirando a Vincent. Sus ojos castaños se clavan en los ojos grises que la observan desde la mesa del pub. Justo antes de que ella se vuelva y su mirada desaparezca en la distancia, él imagina a un hombre de la edad del padre y de la suya propia, un hombre de barba y *zibziba*, muy gordo, que suda, y sabe a ciencia cierta que la han comprometido con él, que la próxima vez que vuelva esa adolescente a Egipto será para asistir a su propia boda.

—¿Le retiro el plato, señor Van der Roy? —le pregunta Albert, hace mucho que terminó su desayuno y se acerca a la hora del almuerzo—. Hoy tenemos bistec de buey con guisantes y puré de patata; o rape a la marinera.

–Tomaré el rape.

En su rincón, a menudo piensa que la multitud es el cadáver de un dinosaurio abierto en canal: sus entrañas. Un laberinto que regurgita aún, porque no ha dejado todavía de ser irrigado por los litros de sangre que alimentan sus latidos. Si alguien sangra es que todavía no ha muerto. Una virulenta y antiquísima maraña de jeroglíficos que esperan su traducción al idioma de nuestra época.

Desde que desapareció la familia árabe, ha identificado a medio centenar de transeúntes y a dos parejas de las butacas. Porque lo normal es disponer de no más de siete segundos, diez o doce si se distraen, se atan los cordones de los zapatos, para adivinar quién es quién; son pocos los que llegan con tiempo y pueden sentarse a leer una novela o una revista, tomarse una bebida del McDonald's, charlar un rato o echar una cabezada. No fue difícil descubrir, gracias a aquella *Lonely Planet* de las Maldivas, que la primera pareja iba de viaje de novios; y que la segunda atravesaba un momento difícil, la muerte de un hijo, tal vez un aborto, a juzgar por las manos de ella, siempre a la altura del vientre, y por el luto de las ropas de ambos. Los transeúntes, en cambio, no dan ninguna facilidad. Hay que analizarlos a ritmo de vértigo. Observar el peinado, las arrugas de la frente, los ojos, las lentillas o gafas, las ojeras, los pendientes, el maquillaje discreto o estridente, dosificado o desperdiciado, los pómulos, los labios, el hoyuelo de la barbilla, si un collar o una corbata adornan o presionan el cuello, cuán inclinados están sus hombros, la marca de la camisa o de la blusa, los colores de la ropa, naturales o artificiosos, hasta qué punto la talla o el corte de la chaqueta o de la americana son los adecuados, la antigüedad de la vestimenta, si van o no a la moda, el movimiento de los dedos de las manos y las uñas mordidas o pintadas, cómo avanzan las piernas, si oscilan o no las caderas, qué significan en el marco de los gestos y del

porte esos zapatos y esos pasos. Cuando viajan en grupo, es importante observar el conjunto, porque los amigos, las novias, los padres, los compañeros de trabajo siempre ostentan rasgos en común con el sujeto analizado. El veredicto tiene que ser instantáneo.

Hasta las once, entre semana, abundan los hombres de negocios, los agentes de bolsa y los políticos en misión internacional, que se entremezclan con estudiantes, parejas de jubilados y mochileros, porque antes de mediodía llegan y salen los vuelos más baratos. Por la tarde, el público es más heterogéneo y predominan los grupos organizados, porque salen y llegan muchos vuelos transatlánticos. Siempre, entre doce y una, el campo de visión es invadido por los propios trabajadores del aeropuerto, que acaban o comienzan sus turnos o se dirigen hacia el lugar donde almorzarán: los pasos de las dependientas, los camareros, los encargados, los cajeros y cambistas, el médico y sus dos enfermeros, los limpiabotas, el personal de limpieza y de mantenimiento, los reponedores, los controladores aéreos, los policías y guardias de seguridad, los vigilantes de paisano, las secretarias y administrativos, los vendedores de tarjetas de crédito, las masajistas, los supervisores y el párroco se añaden a los pasos que resuenan constantemente, los de azafatas de tierra y de aire, sobrecargos y pilotos. A todos los tiene identificados, de muchos incluso conoce el nombre, de modo que puede obviarlos para evitar distracciones que le impidan interpretar a los desconocidos. Pero de vez en cuando aparece alguien nuevo y resulta muy interesante catalogarlo tanto como individuo con sus particularidades como en el seno de la red de relaciones, personales y laborales, en que se está insertando. Tras un banquero de Bristol, el equipo juvenil de hockey patines de White Chapel, dos amigas de mediana edad que se dirigían a París o a Lyon, un atlético nigeriano que seguramente era modelo publicitario, una jovencita

anoréxica acompañada por una madre alcohólica que iba a confinarla en una clínica privada, si no ocurría a la inversa, y un inmigrante ilegal, probablemente paquistaní, tal vez indio, muerto de miedo, hace un rato pasó junto a él Bill Cohigan, el nuevo barrendero, que ya ha hecho buenas migas con Tommy y Carl. Vincent espera que no caiga como ellos en la tentación de apropiarse de vez en cuando de algún perfume caro del *Duty Free*.

—Este Rioja nos llegó ayer —dice Albert mientras le sirve una copa de vino blanco con la mano derecha y deja con la izquierda el plato de pescado.

Pero él no lo escucha, porque se acaba de sentar en la butaca central de la primera fila, justo enfrente de sus ojos grises y cansados, una anciana. O quizá no lo sea. ¿Cincuenta, sesenta años? Un pañuelo le tapa el cabello y parte del rostro. ¿Tendrá canas? ¿Cuál es el color de esa tela? ¿Niebla, arena, barro, tierra? Es casi el mismo que el del vestido, que llega hasta unas botas de suelas desgastadas. No sabría decir si los hombros están caídos o si es que su espalda no es demasiado ancha. No lleva joyas, bisutería ni reloj. Todo en ella es esencial, como un personaje de Shakespeare, como una vibrátil figura de Edward Munch. No lleva maleta ni bolso. Vincent no podría afirmar si esas manos son de vieja o de joven. ¿Y los ojos? a esa distancia ningún color parece corresponderles.

Debe identificar al menos el color de esos ojos. No ha llegado a coger los cubiertos ni a probar el vino. La servilleta cae de su regazo. Sale de The Red Baron en mangas de camisa. Da dos zancadas. Pero ella ya no está. Camina hacia alguna puerta de embarque. Se camufla en un grupo de jubilados y jubiladas liderados por una muchacha que enarbola una sombrilla fucsia. La anciana avanza por la moqueta con pasos insonoros. Su vestido y su pañuelo desaparecen durante un segundo y reaparecen al segundo siguiente, pero

sus botas siempre ahí, zigzagueando entre la multitud hacia el umbral que las aguarda. Él se sulfura ante la posibilidad de no descubrir la palabra que designe el color de esos ojos que el pañuelo ensombrece, oculta. Ha dado ya cien, doscientos pasos, pero todavía no se ha percatado de que el rape a la marinera, el vino y su americana negra se quedaron atrás, junto a Albert y junto a la rutina. Y la servilleta blanca en el suelo, sobre la moqueta granate. Entonces la pierde de vista y se lleva las manos a los hombros y descubre su desnudez, su indignancia, el absurdo de su persecución. Pero esa constatación desoladora dura apenas dos segundos, porque detecta de nuevo a la anciana y dobla a la derecha y da tres, cuatro zancadas y se sitúa en la cola de acceso a la puerta cuarenta y ocho, porque ella acaba de embarcar, entre los demás jubilados, y llega su turno.

–Buenas tardes –lo saluda la azafata de British Airways–, su tarjeta de embarque y su pasaporte, por favor.

Afortunadamente nunca le ha gustado guardar nada importante en el bolsillo interior de la americana: se lleva la mano al bolsillo de los pantalones y saca ambos documentos. Ni se le ocurre la posibilidad de que el vuelo que compró su secretaria no coincidiera con el de la puerta de embarque cuarenta y ocho.

–Feliz vuelo a Holanda, señor Van der Roy.

No se levanta del asiento 3A en todo el trayecto. Las manos aferradas a los brazos de la butaca como a la barra del vagón de una montaña rusa. El mismo sudor y el mismo vértigo. El cerebro debatiéndose entre la lucidez y la blancura, como si fuera contagiado por esa nubosidad que sobrevuela tanto el canal de la Mancha como el norte de Francia, convertida en fotogramas por la ventanilla insuficiente, en conflicto encarnizado con los rayos de sol. A su lado se sien-

ta uno de sus monstruos, pero no le presta atención ni trata de establecer una conversación con él, porque lo conoce con intimidad incómoda. Consumado turista sexual, responde al nombre de Charles y todos los viernes viaja a Ámsterdam; debe de regresar el domingo por la noche, en el vuelo que aterriza a las siete y media o en el de las nueve y cuarto, porque nunca lo ha visto volver, pero sin embargo cada viernes ahí está, puntual, a las doce y cinco, doce y cuarto como máximo, apresurado, pasando por delante de la cristalera de The Red Baron, con un best-seller diferente bajo el brazo y una bolsa de viaje sin capacidad para más de dos mudas. La deformación le afecta la mitad izquierda del rostro, que se desmorona como una fachada decrepita: la ceja cuelga, sin tersura alguna, sobre un ojo que se hunde en la carne que a duras penas lo sostiene; la flácida mejilla forma un pliegue obscuro; el lóbulo tiene el tamaño de un huevo de pato; la piel del cuello cae como una ubre vaciada. La otra mitad, en cambio, es perfecta, de tal manera que nadie adivinaría su enfermedad al verlo de perfil, a no ser que en ese momento se le cayera del bolsillo una cajita y alguien la pateara sin darse cuenta y fuera a parar junto a la vidriera del pub y su dueño se acercara a recogerla cuando ya fuera demasiado tarde para que Vincent no viera la marca (Durex), la cantidad (veinticuatro) y el tipo (máximo placer con sabor a fresa).

Hay dos tipos de monstruos: los exteriores y los interiores. Los ha estudiado durante diez años. Los primeros sufren deformaciones grotescas, caras manchadas, jorobas; arrastran muñones, dedos amputados, piernas torcidas, ceguerras, cataratas, parálisis parciales o totales. Los segundos cargan el horror en sus entrañas, son violadores, pedófilos o pederastas, proxenetas, desviados, promiscuos, adúlteros, fetichistas, pornógrafos, turistas sexuales, puteros. Pero algunos son híbridos de ambas monstruosidades. Tal es el

caso de su compañero de vuelo. Enfermo por fuera y por dentro. Él no es racista, cree en la libertad de credo, no le molesta la homosexualidad, defiende el aborto de criaturas no deseadas y respeta las enfermedades invisibles, pero siempre ha observado cierta correlación entre las desviaciones morales y las enfermedades evidentes. No puede ser casual que en la literatura medieval los enanos siempre sean unos perversos. Sólo alguien de su calaña podría pasar todos los fines de semana deambulando entre los escaparates del Barrio Rojo para acabar pagando, de madrugada, por una tristísima *felatio*.

—¿Se encuentra bien? —Sólo al sentir la mano en el hombro vuelve al mundo y se encuentra con el semblante preocupado de la azafata cerca del suyo—. Cerró los ojos cuando comenzaron las maniobras de descenso y ya ha abandonado la nave todo el pasaje...

—¡Dios mío! Perdona, es el primer avión que tomo en más de diez años...

Hace frío. Al final del túnel una niña y su madre se dirigen a la escalera mecánica. Cuando él alcanza el primer escalón, en los últimos se ve una docena de zapatos y piernas y traseros y maletines que ascienden. A la carrera llega hasta el grupo de turistas jubilados, guiados de nuevo por la sombrilla fucsia, seguro que la anciana se camufla entre ellos. Pero no la encuentra. Ahí está esa legión desconocida, sin tiempo para ser analizada. Pero ella ha desaparecido. Ahí está el monstruo bifronte. Pero ella no. Ha perdido de vista el pañuelo y las botas en la agitación de Schiphol. Corre hacia el control de pasaportes, con la esperanza de que aún no hayan sellado el suyo; pero justo en ese momento el oficial de la séptima cola estampa la fecha de hoy en el documento de la anciana y ella desaparece de nuevo por detrás de la caseta, bajo el panel de publicidad del De Nederlandsche Bank, rebosante de tulipanes rojos.

Se le hace eterna la espera de su turno, aunque delante de él sólo haya cuatro personas. Las tres esferas del Rolex señalan tiempos que ya no le pertenecen: tiene que llamar a Anthony para que no vaya a recogerlo. Me he ido a Holanda, dile a Carson, a Mallory y a Anne que no se preocupen, que no me he vuelto loco, que alguna vez tenía que volver a subirme a un avión, que les llevaré queso de bola y unos zuecos de regalo.

—¿Vincent van der Roy?

Asiente mientras el oficial de policía, en un control informal, lo examina sin ocultar su curiosidad ante la ausencia de chaqueta y de equipaje de mano. Finalmente, dice adelante. La anciana también viaja ligera, de modo que es absurdo imaginar que estará en las cintas de recogida de equipaje. Pero es exactamente allí, gracias a Dios, donde se encuentra. Junto a la veintiuno. Entre una familia numerosa y media decena de amigos que vuelven de su escapada londinense. Ahora se acercará, la mirará a los ojos, descubrirá si son celestes o marinos o grisáceos o castaños, los leerá, dictaminará su veredicto y se dirigirá al mostrador de British Airways y pedirá un billete de regreso, volará a Londres, recogerá su americana y volverá a casa en su Jaguar, que sólo habrá tenido que esperarle un par de horas. Dos, cinco, diez pasos. A la altura del pecho, las manos de la anciana sostienen un extraño pasaporte. ¿De qué país será? Vincent no es capaz de identificar una nacionalidad en la solapa. Las arrugas de la piel se confunden con las venas y los huesos y la nervadura de la piel del documento. Porque es un pasaporte muy grueso y muy antiguo, color carne abrasada, casi papiro, abultado, como si en su interior estuvieran a punto de reventar las fechas y los sellos. Desde ese ángulo el pañuelo impide que le vea la cara: tiene que rodear la cinta y situarse al otro lado, frente a ella. Eso comienza a hacer al tiempo que llega el grupo de turistas

jubilados y comienzan a coger sus maletas y siente el golpe de un carrito en los tobillos y al volverse le pide perdón la mirada rasgada de una cuarentona asiática y la megafonía recuerda que por motivos de seguridad no está permitido fumar en el aeropuerto y cuando al fin llega a su destino la anciana ya no está.

Ya no está junto a la cinta, sino que camina hacia la puerta de salida arropada por varios pasajeros. Esa señora es pura inquietud, sí, señor, se dice mientras reanuda la persecución. Al contrario que el resto de transeúntes, la anciana y él no tienen que hacer la cola de aduana, porque no llevan bulto alguno que introducir en la máquina. Cuando sale a la zona de llegadas, la ve escabullirse entre la muchedumbre que sostiene carteles con nombres propios, para enseguida apostarse al mostrador de ventas de American Airlines. De la funda acartonada del pasaporte extrae una tarjeta dorada de millas, que el vendedor manipula durante un instante. Después sus botas se ponen de nuevo en marcha.

–Perdone, ¿qué destino ha escogido mi tía en esta ocasión? –le dice Vincent al vendedor sin perderla de vista.

–¿A quién se refiere, caballero?

–A la señora que acaba de atender, la del pañuelo en la cabeza y las gafas.

Durante unos instantes los ojos azulísimos y los pómulos sonrojados del empleado dudan, como si no la recordara:

–... Diría que la última mujer... Sí, iba a La Habana.

–No es la única que parece tener Alzheimer –bromea Vincent sin éxito, mientras le extiende su tarjeta Gold–, por favor, deme un billete a mí también.

–¿Un asiento a su lado? Ella viaja en turista y usted. –Abre mucho los ojos, clavados en la pantalla–... Usted tiene millas suficientes como para dar trece veces la vuelta al mundo en primera clase, señor.

–Sí, primera clase está bien.

Pasará menos de cuarenta y ocho horas en Ámsterdam y después cruzará el océano Atlántico para irse a Cuba y todavía no ha llamado a Anthony, que en este preciso momento está conduciendo por la carretera comarcal para evitar así el atasco de la autovía y llegar a tiempo a Heathrow, a las seis en punto, como ha hecho cada día durante diez años, menos en aquella ocasión en que pasó la gripe y tuvieron que recurrir durante casi una semana a los servicios de aquel taxista, Antonio Manuel, español, o quizá fuera puertorriqueño. Debería haberle hecho caso a Mallory y haberse comprado un teléfono móvil, pero si hubiera cedido a su insistencia no habría podido aprender el arte de la interpretación de la masa, que precisa de la máxima concentración durante algunas horas diarias, y tampoco se habría recuperado de su larga enfermedad y jamás habría podido volar de nuevo. ¿Querrá decir eso que al fin se ha recuperado?

Cambia un billete de cincuenta libras y cuando llega a la parada, la anciana ya ha subido en el autobús y se ha situado al fondo, entre varios adolescentes negros y una joven madre encajonada entre el cochecito y una enorme maleta. El frío atraviesa el tejido de la camisa gris y se le adhiere a los poros del brazo y de la espalda. Está anocheciendo y una llovizna desdibuja el paisaje suburbial. A medida que el autobús se adentra en la ciudad se van multiplicando los tranvías y las bicicletas, cuyos faros dibujan conos que perforan la espesura porosa de las gotas de lluvia. La anciana se apea en la Estación Central y él la imita, olvidando por momentos su intención de leerle la mirada, dejándose llevar por cierta inercia persecutoria, la misma que ha de conducirle pasado mañana a una isla que ha naufragado durante décadas en el mar Caribe, a una dictadura comunista y militar. Sin dudar un instante, aquellas botas negras se dirigen al embarcadero, donde una barcaza restaurante está a punto de partir. Ha dejado de chispear.

Los euros que lleva en el bolsillo, por fortuna, son suficientes para comprar el pasaje, que incluye la cena, el baile y el préstamo de una americana de paño oscuro y de una corbata color granito. La cubierta, donde una orquesta toca jazz, está adornada con ristras de bombillas que convergen en el mascarón de proa. En el interior unas doscientas personas se reparten entre el bufet, las mesas y las butacas que hay junto a las vidrieras. Ha perdido de vista a la anciana, pero no le importa, porque la embarcación ya se está deslizando por el gran canal y su estómago acaba de recordarle que no ha comido nada desde las diez de la mañana. Se sirve judías con bacon, cóctel de gambas, repollo con salchicha y anguilas ahumadas. Con el plato en una mano y una copa de vino espumoso en la otra, se sienta para contemplar los puentecillos iluminados, las casas flotantes, parejas solitarias a la luz intermitente de las farolas, la trama de canales, la silueta de una bicicleta recortada por la noche, los diques secos. Es extraño, pero está relajado. Durante un rato siente bajo sus pies la tibia circulación del agua.

Cuando al fin se incorpora, se da cuenta de que ni la luna llena ni las bombillas van a permitir que descubra esta noche el color de los ojos de la anciana. De modo que, cuando la orquesta comienza con su repertorio de swing y las parejas responden saliendo a bailar, se sirve una segunda y una tercera copa de vino y juega a adivinar las historias de cada flirteo, de cada noviazgo, de cada matrimonio, más intrigado por esos turistas de lujo que por el movimiento constante de la anciana. Pero es incapaz de llegar a veredicto alguno acerca de esos desconocidos que trazan círculos vacuos sobre la pista en movimiento.

La barcaza regresa al muelle, la música cesa y ambos salen a pocos metros de distancia. Las campanas de una iglesia dan las diez de la noche. Zigzagueando entre los pasajeros que han desembarcado, ella entra en un *coffee shop* atesta-

do de humo y de gente, según comprueba Vincent mirando a través de los ventanales. Sigue abrigado, nadie le ha reclamado la chaqueta. Hay una cabina. Llama a su casa.

Para su sorpresa, Anne muestra más alivio que preocupación.

—Tómese los días que necesite, señor Van der Roy, unas vacaciones le irán muy bien, cuidaremos de todo.

—Dígale a Mallory que trataré de revisar mi correo electrónico regularmente.

Al entrar en el local, sus fosas nasales son invadidas por un aroma que no reconocía desde sus años en Cambridge. Ahí está la anciana, al fondo, yendo y viniendo, entre los sofás y la barra, como una sombra entre las sombras, sin mirada. Empieza a entenderla: no puede estar quieta, pero tampoco puede estar sola; parece que huya, pero en realidad no tiene prisa. Apostaría sus acciones de South Gold a que se quedará hasta que cierren. Alguien le ofrece un porro. Aunque es un firme defensor de la legalización de la marihuana, jamás la ha probado ni piensa hacerlo ahora. Pide un escocés con hielo. Y espera.

Espera hasta que a medianoche el *coffee shop* empieza a vaciarse y la anciana sale con un numeroso grupo de estudiantes universitarios y, en los intersticios, las zonas vagas que siempre separan a las personas que parecen unidas, avanza con ellos por los callejones escasamente iluminados. Quince minutos más tarde aparece el primer escaparate: el cuerpo de una mulata encaramada en tacones de aguja se contornea a la luz de dos velas, que dibujan células y bacterias sobre su lencería blanca y su piel cobriza. El Barrio Rojo debe de ser la única zona de la ciudad animada a estas horas, piensa Vincent, reprimiendo el asco que regurgita en su estómago al recordar al monstruo. Ese degenerado seguro que anda por aquí. La gente entra y sale de los *sex-shops*, de los pubs, de los cabarets, de los sótanos que se expanden bajo

los escaparates como catacumbas o mazmorras. La anciana camina y camina, sin detenerse. Su mirada es opaca, pero bajo la luna sus pasos son casi translúcidos. Él siente que todos los ojos de todas las prostitutas de todos los escaparates babeaban sobre su piel cuando las mira de soslayo. Asiáticas, húngaras, latinas, negras africanas, a la luz macilenta de lamparillas de mesa de noche, de cirios de iglesia, de farolillos rojos. Empiezan a dolerle las piernas, pero no piensa detenerse hasta que se haga de día y pueda finalmente encararla. Sólo pide eso: tres segundos cara a cara, frente a frente.

De pronto la anciana sale corriendo y se sube a un tranvía nocturno. A punto está él de perderlo. Los jóvenes borrachos prosiguen con la juerga, cada uno con su botella de cerveza o de vodka en una bolsa de papel: crestas punk, cazadoras de cuero, botas Dr. Martens, pantalones vaqueros y de pinza, melenas rojas, un esmoquin. Tras veinte minutos de trayecto, todos descienden en la última parada, frente a una nave industrial agresivamente iluminada. Vincent se quita la corbata con un gesto automático y la deja en uno de los asientos, junto a una lata vacía. Enseguida se encuentra en el primer piso de la discoteca, apoyado en la barandilla con un escocés con hielo en la mano derecha, observando esa jauría caótica, esa marabunta nocturna y drogada, ese zoológico flasheado por miles de decibelios, ese texto indecifrabable, en cuyo centro, quién sabe si bailando o sólo moviéndose o completamente quieta, la anciana parece sentirse como en su casa.

Le pregunta a un camarero la hora de cierre y éste le responde que las cinco de la mañana. Puede sentarse en un sillón y esperar, tal vez echará una cabezada. Entonces lo ve. Entonces lo ve en la penumbra, en el sofá, siendo besado por una mujer de aspecto elegante, pese al tatuaje que le recorre la pierna bajo el nylon de las medias, elegante y muy atracti-

va para su edad, luce una pulsera y un collar de perlas que emiten destellos cada vez que el foco barre, giróvago, ese rincón de la sala. Ella se detiene durante un segundo, para pagar la cuenta, y enseguida vuelve a besar el cuello tenso, el pómulo inmaculado, el lóbulo del tamaño de un botón, el párpado y el ojo normales; pero es la otra mitad de su rostro la que se recorta frente a la mirada estupefacta de Vincent van der Roy, el rostro deforme de Charles, que le muestra su real intimidad en esa ciudad que también es suya, como en un escaparate sin vidrio, indiferente como siempre a su mirada de fisgón y los veredictos que dictamina con excesivo desparpajo.

La anciana, sin probar bocado, ha permanecido cerca de una hora arropada por la clientela del Kiekeboe, un restaurante que sirve sin interrupción desayunos y cenas. Vincent, en la mesa más cercana a la puerta, ha devorado unos huevos revueltos con jamón y tostadas y dos cafés solos. Hacía años que no desayunaba sin leer la prensa. Y siglos que no iba a una discoteca. Durante lo que dura un pestañeo le ha parecido encontrarse, a través de la atmósfera grumosa, casi putrefacta, con la mirada de la anciana. Ha sido un momento confuso, quién sabe si inexistente. No ha podido ver sus ojos, pero sí ha sentido una inyección de frío, como si hasta entonces ella no lo hubiera detectado y a partir de aquel momento la persecución fuera a cobrar otro sesgo, porque él se hubiera convertido en un punto rojo en el radar de la mujer de la multitud. El sentimiento ha sido muy parecido al que experimenta un niño tras ser regañado por su madre con una gravedad desproporcionada y por tanto injusta; y aunque haya durado solamente un instante, pervive en Vincent, con esa baja intensidad que es tan propia de los malos recuerdos de la infancia.

Ahora se encuentran en un autocar con setenta y ocho turistas a bordo, que maniobra para aparcar junto al mercado, a orillas del lago de Aalsmeer, un auténtico hervidero a las ocho de la mañana. Centenares de visitantes fotografían decenas de miles de flores, expuestas en grandes contenedores de plástico. Predominan los tulipanes y los narcisos, blancos como el mármol, morados como cardenales, también amarillos e indiferentes, que son transportados por vehículos de carga o se amontonan sobre grandes lonas, a la espera de un comprador. Como un único cuerpo, los turistas entran en el mercado, donde las flores son expuestas como mera mercancía, ajenas a las bodas y los funerales, los parques y los regalos, el amor y el luto, pero conscientes del valor de su belleza gracias a los flashes que perpetuamente las iluminan.

Empujado por la pequeña multitud que no para ni un momento de disparar fotografías, Vincent ha entrado en el mirador para visitantes de la sala de subastas. A través de la vidriera, ve el anfiteatro atestado de compradores. Un enorme reloj marca el dígito 78. Tres segundos más tarde, se detiene. Alguien ha pulsado un botón y ha hecho una oferta por cinco mil lirios como esos diez que muestra el vendedor. El ramo es reemplazado por uno de orquídeas. El reloj comienza su cuenta atrás (100, 99, 98, 97...) hasta que llegue una nueva oferta y el proceso sea reiniciado una vez más y se consuma al fin la mañana y se hayan vendido varios millones de flores.

Ése es el ritmo de la excursión: una cuenta atrás que se pone en marcha cuando el autocar se detiene durante no mucho más de cien segundos y comienza de nuevo en cada parada, hasta que acabe a mediodía y el saldo no sea de tiempo sino de número de fotos y de dinero. En Volendam y Marken lo que hay que fotografiar son esas mujeres sonrientes y supuestamente campechanas que, vestidas con enaguas bombachas y cubiertas con cofias por donde asoman tirabu-

zones, venden botes de miel y pan casero. En los molinos de Kinderdijk son en cambio los propios turistas quienes deben ser immortalizados. Vincent observa cómo todos tratan de aparecer a solas o en familia con el molino al fondo, porque la instantánea tiene que documentar una relación personal o familiar entre los visitantes y el icono, sin la interferencia de los desconocidos, esos rostros que nada significarán en el álbum o en la pantalla dentro de veinte o treinta años. Cuando se lleva la mano al bolsillo de la americana en busca de la cámara de fotos que nunca ha tenido, se da cuenta de que sin ella es imposible que pueda pertenecer a esa comunidad. Está desarmado. Desnudo. Como la anciana. Pero ella se entremezcla con esos extraños que jamás podrán ser sus semejantes: no dialoga verbalmente con ellos, pero hay una comunicación corporal entre ese individuo que pulula y la masa que sin darse cuenta lo acoge y acuna. En el Mercado de Queso Gouda, los turistas permiten que sus cámaras descansen y comienzan a comprar compulsivamente quesos, quesitos y requesones. Los olores revuelven con tal virulencia el estómago de Vincent que regresa al autocar antes de que la cuenta atrás llegue de nuevo a cero, le pide al conductor que le abra la puerta, se refugia en su asiento y se queda dormido con la cabeza apoyada en el cristal.

Cuando se despierte el vehículo habrá sido estacionado frente al Rijksmuseum y el sol ya habrá dejado atrás el mediodía.

—¿Se encuentra mejor? —le grita en inglés el chófer desde su asiento—. Estaba muy pálido en Gouda, de modo que decidí dejarle descansar.

—¿Dónde está el resto? —pregunta Vincent, preocupado al descubrir que se ha separado de la anciana por primera vez en veinticuatro horas.

—Han comenzado el tour a pie: Rijksmuseum, Museo Van Gogh, Cervecería Heineken, Madame Tussaud, Casa

de Ana Frank. Estarán entretenidos un buen rato. Hasta las seis no volveremos a los hoteles.

En la escalinata de acceso al Museo Nacional de Ámsterdam, Vincent se da cuenta de que separarse de la anciana ha sido en realidad un alivio. Ya no se siente regañado. Sin la obligación de seguirla a todas partes, en el interior de esa americana robada, sin la necesidad de acudir cada mañana a Heathrow, en una ciudad donde no conoce a nadie, por primera vez en mucho tiempo se siente liviano. Aunque todavía avanza algunos pasos más, ante la cola de las taquillas da media vuelta y se va. Buscará un hotel, se duchará y se afeitará. Comerá un plato típico. Se comprará una maleta, algo de ropa, un neceser, unas gafas de sol, un par de libros. Dormirá hasta las seis de la mañana. Después pedirá un taxi que lo lleve al aeropuerto y se subirá a un avión con destino a La Habana. Y eso hace. Se aloja en el Marriott cinco estrellas, donde se asea con regodeo. A media tarde se regala un *rijsttafel*, que el camarero australiano que lo atiende define como el gran plato indonesio-holandés: una sucesión de fuentes en que la carne de cerdo, los camarones, el arroz y los vegetales se combinan con el cacahuete, la soja, el plátano frito o el coco. En los grandes almacenes De Boijenkorf compra todo lo que había previsto, más algo que para su sorpresa añade a la lista en el último momento: una Canon EOS 3000. Y, en efecto, enseguida se queda dormido. Pero a las cuatro y cuarto se desvela y, sin abandonar, marsupial, el edredón, conecta el televisor de plasma y va cambiando los canales, uno por uno, sin prisa, sin detenerse en ninguno de ellos más de cien segundos, rueda de prensa de Bill Clinton, están todos los canales ingleses y norteamericanos, los mismos que tiene en casa, nuevos datos sobre el accidente del Boeing 767 de Egypt-Air, Nicole Kidman con un camisón blanco sentada en el suelo, pero también están los holandeses y los belgas, eso debe de ser flamenco, hombres y mujeres encerrados en una

casa con cámaras ocultas sin hacer nada más que charlar, cocinar, lavarse los dientes, terremoto en Venezuela, TVE Internacional, Rivaldo sostiene el Balón de Oro, RAI1 y RAI2, qué guapa es esa presentadora, un canal alemán, algunos asiáticos y árabes, Al Jazeera, Saddam Hussein, Arte, un reportaje sobre Günter Grass, Canal +, cómo son estos franceses, obscenos por naturaleza, no pueden evitarlo, dos mujeres desnudas, en una playa de arena muy blanca, se abrazan y se lamen y tiemblan y se palpan y se revuelcan y se exprimen y se montan y se penetran con los dedos y con la lengua, durante minutos, una blanca y la otra negra, hasta que esa escena culmina y comienzan los preámbulos de la siguiente y Vincent olvida el mando a distancia sobre la colcha.